

REGISTROS DE LA VIOLENCIA

Adriana Frechero

Raquel Zieleniec

Pensamos la violencia como un desborde inherente a la pulsión. Atravesada por la cultura, adquiere variantes de acuerdo a las posiciones y deseos en juego. Utiliza las capacidades del desarrollo simbólico para mostrar y esconder su polisemia, actúa sin palabras o estalla en dispositivos y discursos que la justifican. Como tal, ha sabido transmutarse siguiendo la estética y los valores de cada época.

Es también un fenómeno de relación. Ante la presencia del otro, la violencia se descubre -según M. Foucault - en un ejercicio particular de poder destinado a dominar o suprimir al otro.

Nos propusimos trabajar con un material donde las violencias se deslizan en forma encubierta y suelen percibirse como banalidades. Luis Bonino las llamó microviolencias, por estar invisibilizadas y naturalizadas en el entorno.

Nos interesa además observar distintos planos y registros de esta compleja expresión humana. La perspectiva del psicoanálisis individual dialogará con las configuraciones vinculares y los estudios de género.

Una subjetividad en tránsito

Florencia relata:

Escena1.- Él llega del interior, luego de un par de días de ausencia. Me había avisado que llegaba y lo estaba esperando. Todo parecía deslizarse con buena onda, porque con él nunca se sabe. Le digo ¡hola! porque entra con el celular pegado a la oreja y no me ve o no me mira. Me disgusta que vuelva a suceder: un gesto atento es todo lo que espero. Él está concentrado en bromear con un amigo; nada urgente. Vuelvo a hacerle una señal... Cuando por fin logro que me divise levanta y sacude el brazo libre ¡con fastidio!, frunce el ceño, me da la espalda y sigue hablando.

Florencia continúa con una reflexión

Esa actitud siempre logra desconcertarme. Aquí es donde por lo general la mujer se instala, ¿no? Sin saber si esperar o no, dejo de mirarlo y me voy; furiosa, desilusionada, sintiéndome descalificada, atrapada, porque no salgo airosa de la situación. Al irme imagino otras salidas posibles. ¿Qué debí haber hecho? ¿Tomar un papel y escribirle que en un rato tendré que irme?... pero me da fastidio tener que explicarle. ¡No, no tengo que explicarle nada! Su gesto no es amable. No tengo que escribirle tampoco. Tendría que haberme ido, simplemente, sin esperar, sin escribir, sin vacilar. Sin expectativas. Pero me fui repitiendo su gesto de fastidio

tratando de entender cómo responder, enojada, soltando improperios sin voz, más dirigidos a mí misma que a su grosería. Sí, debí hacer eso, hacerle rebotar su destemplada actitud.

Pero luego lo olvidé, como tantas otras veces, como tantas otras cosas.

Estos gestos, que también pueden expresarse en palabras- acto, desbordan el registro simbólico. Es un cierto modo de tramitar una descarga, en un mensaje que no define su significación, tan condensado que logra escamotear la conciencia, como veremos.

Como *acto*, cabe diferenciarlo de *acción*, en tanto ésta implica intención y conciencia, implica conexión con lo que está sucediendo y con los sentimientos que despierta en los protagonistas.

Nos adherimos al concepto de microviolencias (Bonino, L.) viendo cómo se repiten y hacen síntoma. Florencia lo percibe como un “golpe” que él reitera en acto sin registrar el gesto. Cuando le increpa lo sucedido, asombrado, él no sabe de qué habla, lo que para él surge como acto escindido, aislado de la conciencia, para ella aparece desde una dimensión desconocida, -sin palabra, sin anudar una explicación-, como un rechazo.

Esa dimensión desconocida que aparece como acto sin ligar, se vuelve un real que ella tratará de anudar. En Freud, el concepto de Umheimlich daría cuenta de la vivencia de lo familiar y lo desconocido superpuestos.

El mecanismo que ella utiliza para cerrar el círculo en su propia conciencia, superado el impacto, es cortar, negar, escindir lo sucedido. El acontecimiento adquirirá para ella también, en espejo, la dimensión de acto, un *no pasó nada* de una cotidianeidad que podrá continuar su curso sin verse afectada. Sin duda habrá un resto que quedará en suspenso, que volverá a reiterarse.

El desfasaje genera irritación en ambos. En él, por la pretensión de interrumpirle el nutriente narcisista conectado con el afuera. En ella, el mensaje descalificador la priva del sustento que espera de él. Al no ser reconocida, juega su fantasmática que da cuenta de su mal lugar (lugar de goce). Vivido como rechazo aniquilante (tú o yo) ella queda en un punto ciego, no se ve, no ve su implicación en la escena. Solo recibe el golpe.

En su reflexión posterior observa que su propio “olvido” juega al servicio de un mecanismo defensivo. Así la conciencia de lo vivido atraviesa aspectos inconscientes no reconocidos o pasibles de reconocer de uno mismo.

Luego de una pausa, Florencia recuerda otra escena que trae asociada.

No sucedió lo mismo aquella vez cuando luego de un apacible fin de semana, salimos a caminar. A la media cuadra encendió la radio y se llevó el audio a las orejas. ¿Pretendía caminar conmigo al lado y sin

hablarme? No lo podía creer, creí que era una broma y me acerqué sonriendo a quitarle el audio, diciendo algo así como... e y, vamos juntos, ¿no? Pero la respuesta suya llega con un gesto violento; tirona el cable, vuelve a acomodarse el aparato y murmura algo acerca de su libertad... ¡muy molesto!

El mundo se me desmoronó. Otra vez aparece el golpe y yo ¡nunca lo veo venir!

-Me di vuelta y salí disparada hacia el lado opuesto. Sin vacilar. Y me sentí muy bien, hice lo que tenía que hacer. Ese lenguaje, él lo entiende. Nunca más llevó la radio.

De la diferencia irreductible surge como efecto esa imposibilidad constitutiva de complementariedad sexual. Los encuentros serán siempre disarmónicos. No hay orden normativo ni significativo (A) que lo garantice. No puede ser inscripto. El encuentro será un intento que no cesa de no escribirse, será por siempre extranjero, por siempre otro (a).

En tanto no hay lugar para la escucha (en ambas escenas), tampoco hay lugar para la palabra. La escena se ha jugado entonces, en otro lenguaje, en acto.

Del punto de vista vincular, escenas como ésta llegan con frecuencia a la clínica de parejas. Algunas veces al reconstruir el discurso de lo sucedido, la distancia entre sesiones y el trabajo conjunto con el inconsciente facilita la reflexión y elaboración de las ansiedades que impregnaron el momento.

Otras veces la escena se despliega en el espacio-tiempo de la sesión; algo disruptivo emerge allí generando confusión, irritación, discontinuidad y el momento se inunda de un caos emocional crispado. Las “*palabras y gestos – actos*” cobran vida propia, se independizan de los sujetos y caen sobre ellos con la violencia del golpe; el clima desborda de ansiedad persecutoria.

¿Qué sucedió allí? ¿Cómo pensar esta producción violenta surgida desde el espacio del **entre dos**?

Pertenecer al vínculo supone para ambos un desafío narcisista: hacerle un lugar al otro distinto, permitirle cohabitar con su *diferencia radical*, diferencia que en algún punto desbordará lo representable, trayendo imprevistos e impensables. Requiere de una disposición psíquica hacia el Dos, hacia el trabajo conjunto sobre la alteridad que el otro *impone*, entendiendo que cada uno es *el otro del otro*.

Esta exigencia se visualiza claramente en los *efectos de presencia* (Puget J.) que refieren específicamente al campo vincular, a la lógica del Dos.

Momentos de la relación en que la presencia del otro deja expuesta su alteridad y ajenidad, descolocando al yo de su mundo representacional, desbordándolo.

A diferencia del psicoanálisis individual -que aborda el nivel intrasubjetivo pensado en términos de mundo interno, representacional, pulsional e identificador-, en el paradigma del psicoanálisis vincular enfocaremos los modos en que se tramitan las diferencias irreductibles; las afectaciones recíprocas y sus efectos subjetivantes; las convergencias y divergencias que van tejiendo la trama interfantasmática; las alianzas inconscientes que operan más allá de las diferencias.

En la escena presentada, algo se tornó insoportable e irritante para ambos. Algo de la *diferencia radical* no pudo ser tramitado conjuntamente; ya sea que él llegaba aún ocupado con una llamada telefónica, o que ella estuviera esperándolo para saludarlo.

Las distintas urgencias en el aquí y ahora del momento vincular, operan como *efecto de presencia*; chocan y contravienen recíprocamente las expectativas de cada yo, dejando al desnudo la ajenidad del otro, que como tal es preciso anular. Esto se da a través de la reacción en espejo, la fusión en una misma respuesta-acto, la recurrencia a lo idéntico, propio del Uno.

Cada cual actúa desde el registro individual narcisista. Ya sea una vivencia de invasión o sofocamiento en él, como la descalificación y falta de reconocimiento que declara ella, obturan la producción vincular.

El vínculo necesita de un cierto espacio vacío para albergar la emergencia de lo imprevisto del otro, su ajenidad. Cuando este espacio está saturado, por ejemplo, por la ilusión de semejanza, se quiebra la tensión yo-otro y los reconocimientos recíprocos. Si cae el otro y su diferencia, cae el Dos, estamos en la lógica del Uno. El vínculo queda atacado. Esto sucede en nuestro caso.

Y cuando además *los partenaires* quedan capturados en un clima de irritación y ansiedades persecutorias, que llegan a expresarse en un “*tu o yo*”, estamos ante **la lógica excluyente de la violencia**.

¿Qué se repite en estas intermitencias, entre momentos de producción y otros de ataque al vínculo?

Recordemos que en el campo vincular cohabitan y se superponen distintas lógicas: la del mundo interno de cada sujeto (el Uno, intrapsíquico) y la del mundo relacional (intersubjetivo). Estos contenidos producen una trama interfantasmática que se va construyendo desde pautas no explicitadas – alianzas inconscientes- que establecen los modos de relación que caracterizan cada vínculo. En nuestro caso, los estados de irritación aparecen como síntoma de la repetición.

“Pero luego lo olvidé, como tantas otras veces, como tantas otras cosas”. Además del mecanismo de disociación individual que hace posible la continuidad del vínculo, ella también denuncia la repetición de estos episodios, su desconcierto y la incompreensión que arrastra en cada reiteración.

Cuando ella le increpa lo sucedido, él queda asombrado sin saber de qué habla. ¿Cómo surge lo que él no reconoce como propio y siente tan ajeno?

La repetición, los “olvidos” que dejan de serlo, los contenidos hostiles que escapan a la conciencia, podrían pensarse como el resultado de *acuerdos inconscientes* que anudan el vínculo en una trama de maltratos y violencias cotidianas.

Desde la perspectiva de género, otra de las superposiciones que operan en los vínculos se da entre la lógica estructural y la lógica del devenir. La primera refiere a una diagramación preexistente desde el imaginario social, que define lugares, roles, donde se ubican y operan los sujetos. El devenir en cambio, alude a la singularidad de lo que juntos van haciendo con lo que sucede, las producciones vinculares inéditas en cada relación y en distintos momentos.

Florencia lleva más de treinta años casada, tiene tres hijos adultos y está estrenando su rol de abuela. Fue educada en un sector conservador que, si bien habilitó su crecimiento, también inscribió el mensaje que asocia lo privado -familia, maternidad-, como femenino. La proveeduría económica y el éxito público/profesional corresponderían a su esposo y éste cumplió con el encargo cultural.

Estos preexistentes operaron sobre los arreglos conyugales, reproduciendo las formas patriarcales de dominio masculino transmitidas en su familia de generación a generación, con un cumplimiento cabal de los estereotipos de género y las representaciones sociales tradicionales; es decir la distribución de territorios, las atribuciones y asignaciones de roles que mapean la circulación del poder.

En su discurso se hace evidente el malestar que motiva una revisión de su posición. Ya no está cómoda en ese escenario; imagina otros modos de resolución de las situaciones en que no salió “airosa”. Al tomar conciencia, avanza hacia otro desenlace que pudo desplegar de modo satisfactorio y sobre todo no violento.

Algo nuevo parece estar gestándose en su subjetividad cuando dice “**ahí es donde por lo general la mujer se instala, ¿no?**”. Un reconocimiento de su subordinación en tanto mujer y de la hostilidad que la hace actuar cuando en el vínculo, el acto reconstruye la posición de amo y dominio de él.

Cuando la diferencia con el otro se organiza bajo un sentido jerárquico - como sucede en culturas patriarcales como la nuestra-, las asimetrías son la

expresión de una *violencia estructural*, que precede al sujeto y configura su mundo interno de modo inconsciente. Así se construyen *pre-disposiciones*, ya sea hacia la subordinación o el dominio.

El terreno de las conyugalidades heterosexuales es un espacio privilegiado de nuestra clínica, a la hora de hacer visible estas asimetrías que se manifiestan en voz baja, con pequeños gestos y rispideces naturalizadas.

No es de extrañar que en general sean ellas las que traigan a las sesiones un discurso quejumbroso, plagado de reclamos y reproches. Estas modalidades denuncian el malestar desde la pasividad y subordinación. La queja no actúa en dirección del cambio, por el contrario, deviene en una descarga catártica que permite mantener el status quo. Otra respuesta posible desde ese lugar es la que tomó Florencia en la primera escena, espejándose en la misma lógica del acto y entonces, tampoco nada cambia.

Lo novedoso llega cuando ella logra superar la posición pasiva y acciona desde su diferencia, comprendiendo además el código de él. “Ese lenguaje, él lo entiende”.

En los últimos años, los cambios en el discurso, representaciones y nuevos marcos normativos, vienen generando un efecto de develamiento de lo invisible e impensado para muchas mujeres. Además, nuevas subjetividades operan como figuras interpelantes.

“¡Yo nunca pensé en todo esto! Recién ahora me estoy despertando.... viendo ¡cómo me pone la pata encima!”

Desde su propia angustia y desde el entorno social, algo hace crisis: promueve giros; interroga su pasividad y resquebraja los pactos inconscientes. Tanto los posicionamientos tradicionales en la estructura del vínculo, como su participación en la fantasmática violenta ya no resulta sostenible hoy.

Rita Segato describe dos dimensiones de la violencia, el registro instrumental, que es consciente e intencional -tiene un objetivo, un para qué- y el expresivo, que deja un mensaje implícito en su acto.

En la primer escena la violencia es más expresiva que instrumental. Cuál sería el objetivo de él, ¿terminar la llamada, mantener la estructura del que manda? Sin emitir palabra, basta con el gesto. Ella recibe el mensaje y desde el rol complementario de la posición subordinada, cumple el pacto inconsciente; olvida o hace que olvida .

La tensión yo/tú es imprescindible. Es la segunda escena la que ilustra la superación de la repetición. Es también con el gesto, -entendido en este caso como lenguaje que ella comienza a comprender- que le hace tope. Logra salir de la complementación, de la impunidad. La violencia es relacional. Hacer tope, sea cual sea el lenguaje, hace límite a esta violencia que apunta a anular al otro.